

HABITAR LOS LIBROS 2024

Grupo de Médicos Escritores

Selección de textos de los talleres presencial y virtual de escritura 2024



Asociación de Médicos Municipales
de la Ciudad de Buenos Aires

Habitar los libros

Grupo de Médicos Escritores

Selección de textos de los talleres presencial y virtual de escritura 2024

Habitar los libros

Grupo de Médicos Escritores

Buenos Aires, diciembre de 2024

© Asociación de Médicos Municipales de la Ciudad de Buenos Aires

Junín 1440, CABA. CP: 1113. Tel. 011 4806-1011

www.medmun.org.ar

Índice

Patricia Carrera	9
Amalia Chambo.....	11
Marina Dimópulos.....	13
Nerea Filiat	16
Mabel Furusho.....	18
Carolina Herrera	20
Perla Kot	22
Eduardo Marchioni.....	24
Graciela Ostrovsky	25
Edith Oxilia.....	27
Ricardo Picasso	30
Guillermo Ramos.....	32
Silvia Rudoy	34
Domingo Santucho.....	36
Susana Tanco	41
Carlos Teselman.....	43
Verónica Torres	44
Blanca Vacas	48
Eduardo Valenti	50
Cecilia Vanzetti.....	53
Luisa Zapivilevich	59

Palabras previas

Fabio Morábito en *El idioma materno*¹ se refiere a la escritura y dice: “cuando se escribe con intensidad en realidad se está robando, sustrayendo de los bolsillos del lenguaje las palabras necesarias para aquello que uno quiere decir(...)”. Esta frase es conveniente para pensar en los talleres, en la escritura y también en la lectura, como una forma de apropiación de la palabra, pero no de cualquier uso de la palabra, sino de la palabra literaria, la palabra poética. Permanecemos al borde del plagio quienes escribimos algo original. Siempre aparece en las reuniones la pregunta de si estamos imitando, copiando, (¿robando?), si nos inspiramos o rendimos homenaje a los diversos maestros del lenguaje. Pero la palabra, en este caso, quiere decir más allá de sus referencias, resuena con cada experiencia de modo único, irrepetible. Y sin embargo, con las mismas palabras que están siempre al borde del lápiz... Julio Cortázar en su introducción al Manual de instrucciones de *Historias de cronopios y de famas*² reza y reivindica lo azaroso: “Y si de pronto una polilla se para al borde de un lápiz y late como un fuego ceniciento, mírala, yo la estoy mirando, estoy palpando su corazón pequeñísimo, y la oigo, esa polilla resuena en la pasta de cristal congelado, no todo está perdido.” Mientras haya ese lápiz que desea y puede dar cuenta de una frase, de muchas palabras, y roba de los bolsillos del lenguaje y hace algo diferente, hay esperanza. Y si esa resonancia es compartida con pares, que tienen las mismas inquietudes, inclusive cuando parece que en el afuera, las razones mezquinas no pueden ser obviadas, en el paréntesis de un grupo de almas que escriben, el mundo se desdibuja.

Paso entonces a nombrar sintéticamente a los motivos que nos inspiraron este año. Con el grupo del taller virtual, hicimos un recorrido por la literatura norteamericana. La idea era revisar estas narrativas y sus casos más emble-

1 Morábito, Fabio.(2014) *El idioma materno*. Buenos Aires:Gog & Magog.

2 Cortázar, Julio. (1962).*Historias de cronopios y de famas*. Buenos Aires: Alfaguara.

máticos, poder escribir a partir de algunos autores fundamentales, teniendo en cuenta sus procedimientos: el diálogo, la elipsis, lo que se dio en llamar la teoría del ‘iceberg’. Textos que no explican, que muestran una escena, situación y desde allí narran. Así dialogamos con Hemingway, Carver, Salinger, Cheever, Carson Mc Cullers, Hawthorne, Mansfield y hasta algunas intertextualidades como la de imprescindibles nacionales: Borges y Arlt. Como actividad especial, le dedicamos un jueves a un taller de haikus.

En el taller presencial, comenzamos el año leyendo a Abelardo Castillo y sus cuentos de aprendizaje, trabajamos con el género epistolar y en ese sentido leímos dos novelas de Susanna Tamaro, una autora italiana muy entrañable. Usamos un epígrafe muy convocante de varios trabajos que figuran en la antología, sobre un fragmento de una novela de Ezequiel Pérez, *Mandarino*³. Leímos a Hebe Uhart y un libro de relatos de Alejandra Kamiya⁴ que nos ha fascinado y a la vez conmovido e interpelado profundamente. Como actividad diferente, trabajamos una de las últimas clases, con recursos sonoros que dieron hermosos resultados.

Agradezco una vez más a la Asociación de Médicos Municipales de la Ciudad de Buenos Aires, por este espacio tan amoroso que hace más de una década sostiene; a la Casa del Médico Jubilado, que cada jueves nos recibe y a Judith Weiss por acompañarnos en todo este proceso. El diseño de *Habitar los libros* estuvo a cargo de Celmira Espeso.

Espero que como siempre, puedan disfrutar de estas obras; sus autores y autoras aceptaron grandes desafíos y pusieron todo su amor en ellas. Yo solamente propongo y acompaño.

Andrea Delfini

Coordinadora del Taller Literario de la AMM

3 Pérez, Ezequiel.(2023). *Mandarino*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

4 Kamiya, Alejandra. *La paciencia del agua sobre cada piedra*. (2023). Buenos Aires: Eterna Cadencia.

El cruce

Patricia Carrera

Cruzar no presentaría ningún inconveniente. La mañana, entibiada por el sol otoñal, invitaba a navegar en el agua calma del río que separaba la casa de tierra firme.

Alma había llegado muy temprano. Quería ver cómo estaba Tini. El bote quedó amarrado en el muelle y la muchacha, acalorada por el ejercicio, anunció su llegada a viva voz, sin preocuparse por si alguien todavía no estaba despierto.

Se abrió la puerta mosquitero de la cocina y apareció su amiga, secándose las manos con un repasador y preocupación en la cara.

—¿Qué hacés por acá? Ya sabés que al Pedro no le gustan las visitas...

—Ay, no me digas! Yo no soy visita, nena. El tono de Alma era raro. Miró muy seria a su amiga.

—¿Pensaste en lo que estuvimos hablando?

La cara de Tini se transformó. Pareció pasar de la incomodidad al miedo en un segundo.

—Nno...bueno, la verdad no sé. Es todo tan difícil...

—El tiempo se te acaba Tini. Va a ser más difícil después. Vos lo sabés. Vos sabés que allá tenés todas las oportunidades para ustedes. Y hablé con tu familia. No tienen ningún inconveniente en recibirte. ¿Puedo entrar?

–Ay sí, disculpá. Pasá, pasá. Va a tardar en volver. Se fue a la isla de Don Vega a cortar junco... le pagan bien el día. ¿Querés un mate?

–Que juntes las cosas quiero. Tengo el bote y el río está... como que nos espera ¿no? como que quiere reflejarnos en el agua, como que nos dice ¡Ahora! ¡Hoy! Y sí, dame un mate. ¿Le pagan bien el día? Seguro se lo chupa antes de llegar...

Las lágrimas no pidieron permiso para derramarse sobre las pecas de Tini. Alma se acercó, la besó y con una caricia le señaló allá, enfrente, cruzando el río y le dijo al oído:

–Tu vida está allá. ¡Dale! Juntá tus cosas...

–No tengo tanto para llevar, no te creas. Lo que tengo mucho es miedo, mucho.

–Bueno, será que no sos sonsa. No está mal tener miedo. Lo que no podés hacer es quedarte metida acá para que te coma hasta el alma. ¿Te lo tengo que decir otra vez? ¿Cuántas van?

Las piernitas delgadas de Tini, aunque temblando, comenzaron a moverse por el cuarto. Un bolso pequeño y nada más.

Tramo corto hasta el muelle. Le costó bajar la escalerita para llegar al bote. La panza ya le pesaba. No faltaba mucho. Alma desató la amarra, bajó los remos y comenzó un viaje nuevo. En la mitad del río, dejó que el bote gareteara un rato. Cuando notó que su amiga miraba hacia atrás pero ya no lloraba, volvió a remar.

Alfonso

Amalia Chambo

Todas las tardes, podrían invitarlo a cazar algunos pajaritos, con esa honda que hacía una aventura, de la soledad que seguramente sentía Alfonso. Yo lo veía los domingos, en misa. Así que no lo imaginaba vestido de shorts. Él iba vestido con pantalón largo y camisa, cosa que me causaba admiración.

Siendo mayor que yo (unos dos o tres años) y de practicar la religión, era más esperable que él estuviera en el banco de las primeras filas de la iglesia. A veces creo haberlo visto allí, junto a sus dos hermanas mayores. Pero nunca imaginé que su recuerdo sería imborrable.

Un día, leí en el diario que Alfonso era despedido en la iglesia. ¿Cómo despedido? ¡No podía ser! El pueblo ese domingo fue a verlo en el altar, al frente de todos. Allí había un ataúd y era de ese hombrecito que yo había conocido.

¿Qué sol habrá habido ese último día? ¿Ese en el que Alfonso fue con su honda a hacer lo mismo de cada tarde sobre las vías del tren? ¿Un lugar que él tanto conocía?

Seguramente no pudo imaginarlo, seguramente no lo vio o su juego lo envolvió de placer y distracción. El tren, en esa curva, nada dejó de su vida más que un recuerdo tan hondo... Yo ese domingo fui a la misa y mi corazón era desconocido... Nunca lo olvidaré. Era el primer niño que se iba sin nada más que su hábito de jugar en las tardes de mi barrio, envuelto en una sorpresa negra.

Alfonso: desde entonces muchas veces los domingos fueron otros para mí, para tus hermanas que vi irremediablemente tristes, tan tristes como tus padres cruzar ese dolor de la pérdida de su hijo de solo doce años.

Nosotros seguimos jugando, sin embargo nadie más se acercó a esa misma vía del tren que pasa todos los días hace casi sesenta años, y que repite su sonido, alertando para anunciar que llega a la estación de City Bell.

Oportunidad

Marina Dimópulos

–Tuvo su oportunidad, pero no la aprovechó.

–¡No digas eso! Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Alzó los hombros. Era una mujer en su mediana edad, se notaba que había tenido cierta belleza en su juventud. El pelo ondeado le caía sobre los hombros, un poco largo para su rostro actual, que se veía pálido, cetrino.

–Lo que hace todo el mundo, ¿qué opción tengo? Hacer lo que me dicen.

–¡Qué sola estás! Si tuvieras al menos fe...

–Me encantaría. Pero supongo que es algo que se lo tiene que ganar a esta altura. Mi decepción es muy grande, no creo que pueda volver.

Las dos mujeres estaban sentadas en una mesa apartada del bar. Dos cafés tibios delante de cada una, humeaban, elevando el poco humo que les quedaba. Bien vestidas, con ropa de invierno, sendas carteras en el regazo.

–Bueno, el tratamiento va a ser largo, quizás en el camino puedas volver a tener confianza.

–¿No te das cuenta? ¿En quién voy a confiar? ¿En qué voy a confiar? Mi enojo, mi ira traspasan lo trascendente. ¡No tengo más nada, estoy sola, yo y mis circunstancias!

La voz alzada llamó la atención de la pareja de la mesa de al lado. Se habían sentado recién; él se dio vuelta con cierto disimulo, para encontrarse con la mirada desafiante de quien había gritado, y se volvió rápidamente.

–Uno nunca sabe... - insistió su interlocutora -Ahora estás alejada, más adelante...

–¡Él me alejó! -No la dejó terminar, el enojo iba aumentando.

–Yo seguí creyendo durante todos estos años duros que pasaron, y me apoyé en él, sin reprochar, sin recriminar, pero esto ya es demasiado! Esto ya es castigo, pero tampoco... -dijo como recapacitando –Ya no creo nada, entonces no es castigo, es azar. La vida es azarosa, y en mi caso me tocó todo esto. Ahora hay que seguir, pero ya no tengo más a quien pedir, ni agradecer, ni culpar de nada.

–Bueno, bueno. ¡María y José! ¡Qué casualidad verlos acá! ¡Hace años que no nos vemos!

Un hombre alto se acercó a la mesa de la pareja de al lado.

–¡De verdad! -contestó José -¡Me alegro de verte! ¿Tenés un rato? ¡Sentate con nosotros!

El hombre alto se sentó y los tres empezaron una charla animada. Las mujeres tomaron unos sorbos de su café, ya casi frío, en silencio.

–Bueno, ¿y vas a estar internada?

–No, me dijeron que voy a estar entrando y saliendo, quizás sólo al-

gunos días tenga que quedarme, si hay alguna complicación o no me siento bien.

–Avisame en ese caso y te visito, si está permitido, así te hago un poco de compañía.

–Mm, sí... te aviso...

Carta

inspirado en :“Donde el corazón te lleve” Susanna Tamaro

Nerea Filiat

Nuevamente en casa, vuelvo a encontrarme con una esencia mía. Entre estas viejas paredes, el limonero del jardín, la huerta; falta mi rosa. Hace días que me pregunto qué significaba cuidarla, pues al irme me faltaban argumentos para mis berrinches.

Al abrir la puerta de mi habitación, todo permanecía como lo había dejado: mis libros, mis carpetas. Todo igual que siempre; lo que había cambiado era mi visión de la vida en este año de distancia.

Llegó Buck moviendo la cola, me reconoció y en pocos días, ya estaba durmiendo a mis pies. Reuní fuerzas para leer y releer tus cartas. Primero fue enojo, ¿necesitabas la distancia para contarme tantas cosas de tu vida? Pues yo seré muy cruel ahora con vos: tus verdades me saben a destiempo, a egoísmo, a cobardía.

Durante este año, yo también pensé mucho en vos, en Ilaria, mi madre; ella seguía en la oscura nebulosa. La memoria se reactiva con la distancia, los recuerdos tristes aparecen y el dolor vuelve a estar presente. Así como me lo contás.

Me imaginabas con coyotes allá en el norte, tu imaginación es tan grande como la valentía que has tenido en tu vida. Tus peripecias me asombran y descubro otra Olga que con sus blancos, grises y rosas. Me emociona y afianza mi capacidad para tomar decisiones saber cuándo los caminos se bifurcan; no confiar demasiado en el azar que a veces nos ayuda y dudar de nuestro karma. Yo tampoco creo que el destino esté escrito, tu historia

es mi herencia familiar y me ayudará a ver más claro y con menos angustia mi destino. Mi enojo inicial se transformó en gratitud por tanto amor y enseñanza de vida.

Queridísima abuela, sigo siendo una rebelde y ahora sé que me entenderás. En pocos días tendrás el alta médica y aquí estaré esperándote. Encontrarás tu jardín con su naturaleza domesticada. Estarás sonriendo supongo.

Abrazo enorme

Tu nieta

Homenaje

Mabel Furusho

Hace tres semanas falleció mi cuñada Ana por un accidente cerebrovascular. Estando a su lado mientras permaneció internada, me vinieron a la memoria, como esquivas, las historias que ella me contara tiempo atrás.

Ana nació en 1935 y como era costumbre en esa época, muchos hijos viajaban a Japón para estudiar. Es así como a los once meses fue en brazos de su mamá, sus abuelos y un primo hermano.

Su abuelo en Okinawa construyó una casa grande con artefactos modernos y una granja. Su mamá retornó a Buenos Aires y Ana quedó bajo la tutela de los abuelos. A los siete años fue al colegio y al año siguiente les enseñaban cómo debían actuar en caso de ataques del enemigo. A los estudiantes secundarios varones los entrenaban para ayudar a los soldados y a las mujeres les enseñaban primeros auxilios para asistir a las enfermeras.

Ana supo que los atacaban, la primera vez que escuchó los ruidos ensordecedores de las bombas al caer por todos lados. Rápidamente, el abuelo resolvió huir hacia el norte. Como los bombardeos se intensificaron, decidieron esconderse en el cementerio. Abrieron una puerta pequeña en la ladera de la montaña y se encontraron con un muerto y más allá restos óseos. Ana, temerosa, se quedó cerca de la entrada.

Se alimentaban con hojas crudas del monte y brotes de cañas de bambú. Al día siguiente, cuando huyeron de allí, hallaron muchos cuerpos de soldados sin vida. También, se encontraron con dos soldados norteamericanos que les ofrecieron caramelos a los chicos y cuando estos querían comerlos, el abuelo les dijo que mejor no, porque podían estar envenenados. Fue difícil atravesar descalza tanto territorio lleno de esquivas y esquivando granadas.

Pasado un tiempo, el abuelo decidió volver a su casa. Solo encontraron un tercio de lo construido y lloraron mucho sobre la destrucción. Caminaron doscientos metros para ver el campo de cultivo y encontraron una laguna. Allí había caído una bomba que la lluvia había llenado de agua.

Una mañana, el abuelo les mostró a Ana y a su primo los pasajes: el gobierno argentino del en ese entonces presidente Juan Domingo Perón, repatriaba a todos los argentinos que estaban en Japón. En un barco pequeño llegaron a Tokio, luego en un barco grande y lujoso llegaron a Buenos Aires. En el puerto los esperaban los padres, y hermanos.

Una vez en su casa, Ana dejó estas palabras: *“Quiero rendir homenaje a mis abuelos Miyashiro, quienes con tanto cariño se preocuparon y cuidaron para que yo regresara sana y salva a esta Argentina que me vio nacer.”*

Insomnio

Carolina Herrera

Son las 3 de la madrugada. Otra vez me acompaña el maldito insomnio. Y la frase de mi abuela Tita que golpea en mi cabeza como una pelotita de ping pong.

–“¿A dónde van los que amamos cuando se mueren?”– le pregunté infinidad de veces y siempre me devolvía la misma respuesta. Decía que ellos nunca se van y que solo mueren cuando son olvidados. Pensé que lo había comprendido todo. Hasta ahora.

A mi derecha, Verónica duerme profundamente como si yo no existiera en su mundo, casi como cuando está despierta. Por el rabillo del ojo izquierdo veo cómo Elena ya se va acomodando en el sofá, para observarme con arrogancia. Ella sabe lo que pienso, pero no dice nada; en realidad, nunca lo hace. Solo sonrío como si estuviera a punto de gritar un gran secreto. Luce exactamente como la última vez que la vi, hace cinco años atrás, cuando terminé nuestra relación. Al borde de unirnos en un “hasta que la muerte nos separe”, un rayo de sensatez nos alcanzó y yo fui el primero en darme cuenta. No nos amábamos lo suficiente, así de simple. Además, a esas alturas yo ya estaba enamorado de Verónica. De alguna manera, Elena murió para mí. Y solo la olvidé, cumpliendo con la regla de tres simple de Tita. No supe más nada de ella hasta esta semana en que la crucé en el parque.

Vuelvo a pensar en Tita y en lo equivocada que estaba. Debería haberle preguntado qué pasaba con aquellos que no mueren ni tampoco olvidamos. Porque Elena no ha muerto y creí haberla olvidado... pero aquí está, danzando frente a mí desfachatadamente. De golpe voy descubriendo que también existen muertos vivientes y que de esos, conozco muchos.

—¿Qué cuernos quieres Elena? -susurro con hastío. Pero ella se para solemnemente para hablarme bien cerquita.

—¿Acaso los poetas son los únicos merecedores de este dolor indeseable? ¿Solo ellos pueden padecer de esta enfermedad que envenena y no mata? -me reprocha con enfado, dejándome perplejo. Hasta mis propios fantasmas se burlan de mí.

—Ay abuela, no solo muere quien se olvida...

Llegando el alba, Elena se pone de pie, me tira un beso y, de a poco, se desintegra. Así, la que casi fue mi esposa vuelve a reposar en el fondo del olvido. Solemne. Victoriosa. ¡Qué gracioso! No sé bien si lucho contra lo que “hubiera sido”, con la decadente relación con Verónica o contra ambas. Elena no ha muerto...pero, evidentemente, tampoco la he olvidado.

Nada en común

Perla Kot

Armó su valija dura de cien años, y seleccionó sus únicas prendas; guardó el pasaporte falso en un lugar seguro y se encaminó al puerto, dejando atrás su futuro quebrado.

Los camarotes eran para dos personas; si tenía suerte, le tocaría alguien tranquilo, aunque poco le importaba, ya nada más podría pasarle. Acomodó sus cosas y abrió el único libro que le quedaba, estaba solo y eso era bueno.

Cuando se abrió la puerta del compartimiento, estaba dormido y se sobresaltó, un hombre alto y rubio ocupó la otra litera, no se saludaron. A medianoche el ruido del oleaje interrumpió el sueño de ambos. El barco se sacudía como si una mano gigante lo hubiera agitado como sonajero

Instintivamente miró a su circunstancial compañero de viaje, se cruzaron las miradas, no hubo empatía, el rubio lo miró con desprecio, algo en su interior se descolocó. Aun así le habló, porque tenía miedo; ya había sentido ese miedo antes, pero ahora era distinto, él viajaba hacia su último destino. Ya no era la guerra, ya no era el terror, ya no era el desamparo, todo había terminado; sin embargo todavía la vida le tenía preparado un nuevo desafío.

El barco se seguía moviendo de tal manera que ambos quedaron acostados en el piso, uno al lado del otro. Sentía su olor, sudaba, sus ojos estaban desorbitados; lo tocó como quien consuela, pero el extraño quitó la mano bruscamente, trató de correrse, como si evitara el contacto, aunque el mismo vaivén del barco hacía que nuevamente se juntaran. Y así pasaron la noche, luchando por no tocarse.

A la mañana, todo era calma; amanecía en el puerto; sonrió: estaba vivo. Cuando el barco tocó la dársena, el desconocido se paró, tomó su bolso y salió rápidamente. Se escuchó un ruido metálico de algo que caía de su piloto. Se agachó instintivamente a recogerlo y lo miró. Abrió su mano y observó el objeto: era una esvástica.

Estallido de recuerdos

Eduardo Marchioni

Vienen
como esquirlas los recuerdos.
Llegan veloces
sin detenerse impactan,
se diseminan,
cambian mis pensamientos.
Los mismos recuerdos que
siempre retornan,
pues más tiempo pasa,
más la recuerdo.
Y fue de ella la gran idea
de echar por tierra todo lo nuestro
no importan días, meses o años
ya compartidos, con gran cariño
amor del bueno que uno creía
el fin del mundo llegaba antes.
Y no fue así,
suya la idea
horrible agosto partió bien sola,
por eso digo que son esquirlas
fragmentos de algo enorme,
que causan daño.

Sin identidad

Graciela Ostrovsky

La figura que se acercaba estaba todavía demasiado lejos para ser percibida con claridad, no parecía estar sola; detrás se veían dos personas más; era un horario inusual para un ingreso al hogar, salvo que fuera por orden judicial.

A medida que se acercaba, pude observarlo; era alto, con los hombros caídos, como si un peso lo agobiara permanentemente; sus acompañantes eran un policía y una médica que traían una orden de internación. La doctora se acercó con la epicrisis, venía del hospital psiquiátrico, pero según sus evaluaciones, estaba en condiciones de vivir fuera de él.

No se sabía el nombre, ya que no se comunicaba, solo tenía un papel con huellas digitales en proceso de identificación; no había datos previos, era un NN.

Había sido encontrado deambulando por Constitución y según refería el policía, se mostraba hostil cuando alguien se le acercaba. Durante nuestra conversación miraba el suelo, callado, sin embargo tuve la sensación de que observaba la escena como si se hablara de otra persona y a la vez, parecía no importarle la situación.

Ya ingresado, se lo ubicó en una cama, solo se hizo el chequeo de rutina. Al día siguiente debía efectuar el protocolo de análisis y estudios, aceptó todo sin formular palabra, como autómatas, cabizbajo, no respondía a ninguna pregunta, ni siquiera miraba al interlocutor y esto duró mucho tiempo al igual que su anonimato. Respetaba las consignas de convivencia, pero no pertenecía a ningún grupo, días, meses, años continuó en ese es-

tado. Supimos que se llamaba Jose, pero no respondía igual, nada parecía interesarle, aunque acudía a las terapias .

El hogar era de puertas abiertas y así como había llegado, se fue sin que nadie lo notara; no había hecho amigos. Siempre en soledad. Nunca lo escucharon hablar y a nadie le extrañó. Al principio, ni siquiera notaron la ausencia y la burocracia logró que volviera a ser un NN.

Diario de la mujer en el segundo piso

Edith Oxilia

20 de julio de 1929

Un sonido en la calle me trajo el recuerdo de Miss Amelia. Qué mujer maravillosa. Mantenía vivo a este pueblo maldito. ¡Lo que hablamos de su casamiento que duró apenas diez días! ¡Cómo se le ocurrió a ese bárbaro que esa mujer iba a soportarlo? Las manos de Miss Amelia convertían todo lo que tocaba en oro. ¡El dinero que habrá poseído! Todo gracias a su arte en los negocios y a su persecución en los pleitos.

Con treinta años. La vez que llegó el jorobado que resultó ser su pariente. Pariente, no: medio pariente. Me contó Henry Macy cómo se levantó de su silla y se fue, antes de escuchar el enojo de Miss Amelia con el recién llegado. Que el tipo lloraba y que Henry se conmisero de él. Llegado a un pueblo a cualquier hora, sin rumbo fijo y buscando lo inencontrable. Fue al único cliente que le convidó de su licor sin pagar, al único al quien invitó a cenar y, lo menos pensado, invitarlo a sus habitaciones impolutas. Ese ser deforme, que estaba todo sucio e impresentable. Al día siguiente, todo el pueblo hablaba del monstruoso forastero. ¡Cuándo lo veríamos?

Dos días después de su llegada: el almacén cerrado. Por los dichos de ese hombre que sentenció que Miss Amelia habría matado al monstruo. ¿Haría falta ensuciar con sangre las manos de esta mujer trabajadora? No olvidar su papel de médica del pueblo con sus brebajes y sus ungüentos. Pero el jorobado apareció: limpio y reluciente con su ropa cosida y arreglada. Bajaba las escaleras de los cuartos a la vez que los ocho varones viejos chusmas irrumpieron en la zona de arriba de la escalera. El lugar que ocupó el adefesio. Hasta el reverendo Willis se comportó como miembro de la

manada. Me lo contó a mí Henry, que es una persona de fiar. Comidilla va, comidilla viene, ese día fue el inicio del café (y del enamoramiento de Miss Amelia). Porque de eso se trata la vida: de la transformación constante. Ella lo cambió al fenómeno y el jorobado pariente la cambió a ella. O el cambio del clima como el agosto maldito cuando lo del hermano de Henry, el ex presidiario y ex esposo de Miss Amelia, Marvin Macy, regresó al pueblo donde no fue bien recibido por nadie. ¿Habría aprendido a embrujar en el penal como lo hizo con el jorobado? Porque la vida no vale nada. De eso se enteró mi querida Miss Amelia cuando los dos sabandijas, primo y ex marido, la desvalijaron y le clavaron la estaca de tirar todo por la borda. ¡Miss Amelia!

28 de octubre de 1929

Ellos creen que no los veo. Quizás me figuran ciega. Aun con vista malograda, puedo olerlos en la distancia. Allá están: asesinos y ladrones. Escoria de la humanidad. Merecen cada latigazo, cada ampolla putrefacta por las cadenas que llevan en sus tobillos, cada grito amenazante y cada vez que les apuntan con esos viejos rifles. Los huelo. Huelo la maldad en sus almas. Sé que personifican al mal en todos sus conceptos. Asco. Me dan asco. Sus vidas no valen nada. Mis bellos gatos calman mi sensación de vida.

10 de agosto de 1942

El peor mes del año. Peter murió en agosto. Estuvo en un lugar equivocado en un momento impreciso. Esperé su regreso cada tarde en esta ventana. Me dejé morir un poco con el telegrama que me trajeron... Me informaba de su deceso. Muerto en una pelea. ¿Y la guerra que yo misma libré para olvidarme de sus manos y de sus ojos cada noche? La congoja le ganó a mi alma. Nuestro hijo Sam también partió en agosto. Una polio de los mil demonios me dejó el recuerdo de su peso entre mis brazos. Agosto

se llevó mis pocos amores y mi fastidio, al querer transitarlo lo más rápido posible. ¡Te odio, agosto rabioso! Con lo más profundo de mi ser. Sus vidas no valieron nada. Escucho a los niños disfrutar un balde de agua fresca en la vereda. A ellos también los odio.

Resonancias

Recuerdos y ocurrencias sonorizadas

Ricardo Picasso

Grato para los oídos y buen bálsamo, es ese generoso chorro de agua que golpea la superficie líquida y relaja las tensiones. Contemplo las burbujas sumergidas que revolotean aquí y allá hasta desaparecer. El vapor y la tibieza del aire llenan la atmósfera del baño que se dispone a recibir al cuerpo cansado. Respiro hondo y cierro los ojos imitando al atleta que se prepara para una zambullida espectacular, pero sólo me atrevo a introducir el pie derecho para probar la temperatura. Mientras tanto, los gorriones, zorzales y calandrias revolotean en el jardín; sus alegres cantos entran por la pequeña ventana por la que sale el vapor que escapa hacia las nubes. Las palomas no se quedan atrás, pero su música, menos vivaz, ejecuta los compases graves. Ya adentro de la bañera y en puntas de pie, me asomo para espiar a esos alados músicos que acompañan el murmullo acuático en sinfonía primaveral. De repente todo es aleteo, vuelo y silencio. Me pregunto, ¿por qué se fueron? Entonces me doy vuelta, veo la desnudez humana en el espejo del lavatorio y me respondo, ¡ya lo sé, se asustaron de mí!

Terminé de bañarme, me vestí y ahora pongo en marcha el camión. Salgo a la ruta y manejo preocupado por un ruido extraño que hace el motor; espero llegar al taller antes de que baje la persiana. Me encuentro con Gervasio, mi amigo mecánico, que está martillando una y otra vez una pieza de un viejo Ford T, al que sueña con ver algún día restaurado y brillante. Abandona el ruido infernal de su herramienta para conversar un rato conmigo, cuando mis oídos perciben el traqueteo del tren que le suma ritmo de metálica percusión a la atmósfera fierrera. De inmediato, la alarma del teléfono me avisa que es la hora del antibiótico. Mientras

tomo el remedio, oigo el bullicio de la salida del colegio y veo a los chicos que gritan y salen corriendo para jugar en la plaza de la otra cuadra. A mis espaldas me sobresalta un ring insistente y Gervasio, que también miraba a los ruidosos alumnos, se apura para llegar al antiguo teléfono mientras se limpia las manos con un trapo. Levanta el tubo negro con cable enroscado pero sólo le contesta el tono y lo devuelve a depositar sobre la horquilla. Me mira, levanta los hombros y las cejas y cuando va a decir algo sobre el que llamaba, irrumpen otros sonidos que atraen nuestra atención hacia afuera, son otra vez los pájaros que nos recuerdan que la primavera llegó y disfrutan cantando y picoteando entre los pastizales y las plantas que rodean el taller.

Queda el camión aguardando su service, vuelvo a casa en colectivo y bajo en la esquina de casa. Ha caído la noche, la oscuridad domina la calle, el tenebroso ulular de un búho me estremece mientras pispeo con temor la penumbra amenazante. El cantar de los grillos y el de las ranas acompañan mis apurados pasos. Mientras abro la puerta de casa, intento convencerme de que todos esos animalitos nocturnos van a velar para que tenga un sueño reparador. Me acuesto, pero me cuesta conciliar, entonces imagino que estoy frente al mar, que estoy pisando la arena húmeda y que me voy a zambullir contra las olas. Creo escucharlas ya, cantan los arrullos de la espuma violenta que viene, que me acaricia y que se va. De repente, una ola me golpea, me tira y revuelca hacia la costa; quedo impregnado de arena de pies a cabeza. De pronto, un extraño ruido que parece un chorro de fuego me sobresalta, le sigue el quiquiriquí de un gallo y el cacareo de una gallina que me desorientan y me traen la pregunta, ¿dónde estoy, en la playa o en el campo? El goteo de la canilla de la cocina me reubica, me vuelve a la realidad de casa y me recuerda que tengo que cambiar el cuerito. Aun así, no logro conciliar el sueño y sigo escuchando ruidos raros que no sé si provienen del centro de mi cabeza o de dónde. ¿Serán acúfenos, o tendré alucinaciones?

El desaparecido

Inspirado en Wakefield. Nathaniel Hawthorne

Guillermo Ramos

Mi vida había transcurrido sin sobresaltos, digamos... apaciblemente. Me había casado con un hombre educado, respetuoso y de buena familia; teníamos un buen pasar económico. Debo reconocer que nunca había brillado la llama de la pasión en mi corazón, pero era una unión razonable, y con el tiempo, pensaba que tal vez... Bueno, el tiempo solo consagró una tediosa rutina.

Así los días se repetían como en un bucle, sobre todo porque la imposibilidad de tener hijos había dinamitado toda expectativa. No había forma de detener la abúlica reiteración de los hechos desde que despertábamos hasta que cerrábamos otro día intranscendente. Cuando bien temprano él salía de la cama, yo oía sus pasos y podía anticipar cada uno de sus movimientos hasta el mínimo detalle, y me exasperaba hasta el ruido que hacía al cepillarse los dientes. Y a la noche me anticipaba a sus eventuales urgencias con un rápido, profundo y fingido sueño. Urgencias que, afortunadamente, fueron desapareciendo con el correr de los años. Pero el trato era cordial y respetuoso, rara vez discutíamos. Debo confesar que me sorprendió que una tarde me dijera que se debía ausentar algunos días. Refirió un viaje de negocios sin mayores explicaciones. Al despedirse y luego de cerrar la puerta, me pareció verlo asomarse con una sonrisa. Pensé que sería una impresión mía, ya que él no era partidario de las bromas. Pero pasaron los días y al no tener noticias, me preocupé y lo busqué por hospitales, cementerios y comisarías. Había desaparecido. Fue entonces que recordé su sonrisa burlona y sospeché la posibilidad que pudiera haber empezado una nueva vida; tal vez tuviera una amante.

Dejé entonces de buscarlo. El dolor fue sustituido primero por indignación, y luego por alivio. Con el tiempo se convirtió en un recuerdo olvidado en medio de viejas fotografías que no tenía interés en volver a mirar. Así fue como me fui acostumbrando a su ausencia, pero sentía que la soledad me hacía vulnerable en una ciudad tan peligrosa, por lo que tuve que tomar mis precauciones. Un arma, por más pequeña que fuera, me daba una sensación de seguridad. Nunca había tenido que pensar en ella hasta aquella noche. Sentí ruidos en la puerta de entrada, estaba aterrorizada. Fui a buscarla al armario. Temblando, apunté contra la puerta, nunca la había usado, solo quería protegerme. Todo fue muy rápido, no supe que era él hasta que lo vi tendido. ¿Cómo podía saberlo?, había desaparecido hacía veinte años.

El abogado escuchó atentamente el relato, había anotado algunas preguntas en su borrador como: cuando había comprado el arma y si no había tenido ninguna comunicación con el occiso en el último tiempo. Luego de carraspear dijo: “Mire señora, para defenderla tengo que conocer toda la verdad. Necesito que confíe en mí”.

Mi nombre es Lorna

Acerca de Wakefield

Silvia Rudoy

Luego de un largo noviazgo me casé con Wakefield. Para esa época era una jovencita de ojos claros de 22 años, pura e inocente como otras bellas chicas del pueblo y él un pescador de la aldea de 30 años, con incipientes signos de madurez como unas pocas canas en sus sienes, una nariz algo torcida y dos entradas al frente de una cabeza cubierta de cabello negro. Tenía una mirada que dejaba entrever una mezcla de astucia y picardía.

El casamiento cumplió con todas las formalidades de la época en el pueblo, lo que satisfizo a nuestros padres y familiares. Siguió una breve luna de miel en la aldea vecina.

Pero un día, al poco tiempo de regresar de la luna de miel, mi marido se despidió para trabajar y no volvió nunca más. Durante los primeros años de su ausencia, averiguaba en la policía, bomberos, hospitales, hablaba con otros pescadores, pero todo fue infructuoso, no obtuve rastros suyos.

Con frecuencia, caminando por la calle, tenía la sensación de que él me seguía, pero al darme vuelta, no había nadie que se le pareciese. Como era pescador, pensé que se había caído al mar, aunque de su embarcación tampoco había noticias. Sus familiares no sabían nada de él. Cada mes reiniciaba la búsqueda, siempre con resultados negativos. Luego de una cantidad considerable de años, dejé de buscarlo o de ver hombres que se le pareciesen por las calles céntricas.

Cuando me di cuenta de que tendría que trabajar porque los ahorros

se iban acabando y afrontar yo sola los gastos de mi mantenimiento y de la casa, busqué empleo por el vecindario. Conseguí fácilmente un puesto en una antigua panadería. Los dueños ya ancianos, necesitaban quien atendiese el despacho, ya que su único hijo, John, estudiaba en la ciudad y sólo venía a visitarlos para sus vacaciones. Me sentía a gusto en mi trabajo, entablaba conversación con los clientes, había llenado parte de mi vida, además de cubrir el hueco económico que tenía.

Cuando me miraba al espejo me veía aún joven y atractiva. El fracaso de mi matrimonio no me impedía buscar otra oportunidad. Ya no había en mí ni un dejo de tristeza, no tenía por qué atravesar una viudez en soledad. Tenía que compartir con alguien mi alegría de vivir.

Al regreso de John, el hijo de los panaderos, para sus vacaciones, comprobé que era cierto lo que hablaba de él su madre. Era joven, bien parecido y emprendedor. Nació un romance entre nosotros. Yo disfrutaba mucho de su compañía. John me prometió que cuando terminase sus estudios contables, vendría a establecerse conmigo y formalizaríamos una convivencia.

Y así fue, John puso una oficina contable en la parte delantera de la casa, donde yo colaboraba y teníamos el resto donde vivíamos. Éramos felices.

Pasaron veinte años. Un hombre se presentó. Yo no pude reconocerlo; arrugado, de aspecto desagradable cual fantasma corporizado; decía llamarse Wakefield y entró a la oficina contable, como si fuese su propia casa.

El regreso

Domingo Santucho

Estaba anocheciendo. El andén de la vieja estación se veía desierto. Un viento helado arreciaba, y por si esto fuera poco, el cielo encapotado, amenazaba con lluvia. Ana Pérez descendió del taxi, pagó y se dirigió con paso acelerado hacia la sala de espera, con su bolso pegado al cuerpo y sostenido con las dos manos.

Era una mujer de mediana edad, vestida con un piloto que le llegaba casi hasta los tobillos. Su rostro tenía rasgos duros, con una marcada palidez, y sus ojos oscuros parecían penetrar cuanto veía. La sala estaba vacía. Un fino temblor invadía su delgado cuerpo. Eligió sentarse en uno de los bancos de madera, frente a la entrada, seguramente con el propósito de controlar el movimiento de la gente que podría ingresar allí.

Un par de minutos más tarde, se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cincuenta años, de cabello entrecano, corto, con un delgado y prolijo bigote. Vestía elegantemente, con un ambo gris y una corbata al tono. Portaba en su mano derecha un maletín y bajo su brazo, un periódico. Se saludaron con un gesto de sus cabezas, y tomó asiento en el rincón más oscuro de la sala. A la mujer le dio la impresión de que, por algún motivo, quería pasar desapercibido. Había algo en él que la inquietaba. Tal vez, estaba exagerando, pero su experiencia reciente, la había transformado en una persona muy desconfiada.

A cada rato, Ana dirigía su mirada hacia el antiguo reloj de pared, que con su monótono tic tac, seguía desgranando el paso del tiempo. Habría transcurrido media hora, cuando la puerta de la sala se abrió nuevamente, para dar paso a dos personas. Una de ellas era una mujer relativamente

joven, de unos treinta y pico de años, vestida con ropa muy humilde. Su aspecto parecía indicar que no había tenido una vida nada fácil. Era morecha, con largo cabello castaño oscuro, recogido prolijamente en un rodete. Su rostro natural, sin nada de maquillaje. Llevaba un bolso mediano en una mano y una vieja cartera de cuero colgada de su hombro. Su acompañante era un anciano, delgado y algo desgarbado al andar, que vestía ropa desgastada y demasiado holgada para su físico. Calzaba zapatillas blancas, que por falta de higiene, se habían tornado grisáceas. Ni bien se sentaron, comenzaron a hablar en voz muy baja. Mientras tanto el hombre del maletín, sacó de un bolsillo interno del saco un paquete de cigarrillos y encendió uno de ellos. El anciano, después de una breve discusión con su acompañante, se acercó al hombre y le solicitó uno. Lo prendió y luego de agradecerle, volvió a sentarse junto a la mujer.

Ana se sintió incómoda por el hecho de que fumaran dentro de la sala, pero decidió no protestar. Quería evitar discusiones. Seguía mirando el reloj de pared. El humo de los cigarrillos agrisaba el haz de luz proveniente de la única lámpara que colgaba del techo. Cada tanto, discretamente, miraba de soslayo a la mujer y al anciano, que seguían conversando en voz baja, aunque por momentos parecían discutir. La joven, tenía sus ojos enrojecidos, como si estuviera a punto de llorar. El anciano parecía nervioso, y su cara mostraba un gesto de contrariedad. A medida que pasaba el tiempo, el viejo se iba inquietando. Fue así que empezó a caminar por toda la sala. En un momento dado, al pasar cerca de Ana, ésta levantó bruscamente su bolso que había dejado junto a ella, sobre el banco, y lo apoyó sobre sus rodillas, sosteniéndolo firmemente con sus dos manos temblorosas. El viejo, al ver ese movimiento, la miró con rabia, pero optó por no decir nada.

—Papá, vení y sentate a mi lado— le dijo su hija con tono imperativo al tiempo que, girando su cabeza hacia Ana, le hizo un gesto a manera de disculpas.

Ana volvió a mirar el reloj. Su impaciencia iba en aumento. No se sentía cómoda rodeada por esos extraños. Por otro lado, no podía dejar de pensar en la difícil y traumática situación por la que había pasado apenas dos horas atrás. Urgía deshacerse del contenido del bolso cuanto antes.

Padre e hija retomaron su diálogo.

—¿Cómo está tu madre?— preguntó el anciano con desgano.

—No está muy bien de salud.

—¿Sigue viviendo con ese tipo?

—No, la abandonó en cuanto se enteró del diagnóstico— respondió con tristeza e indignación.

—Yo no la hubiera abandonado. Pero bueno, ella se lo buscó. No me quiso esperar.

—No podés reprocharle nada a mamá. Te bancó demasiado tiempo. Tenía derecho a rehacer su vida.

La respuesta de su hija lo dejó sin argumentos para seguir criticando a su ex esposa. En ese momento, Ana se levantó de su banco y salió al andén en busca del baño de damas. Mientras el anciano continuaba conversando con su hija, el hombre del maletín salió también de la sala de espera. No habrían pasado más de un par de minutos, cuando se sintió un sonido similar a una detonación. El viejo se paró sobresaltado, y cuando estaba por abrir la puerta, su hija le pidió que no saliera.

—Quiero ver lo que pasó. Enseguida vuelvo.

Instantes después, regresó Ana, seguida por el anciano, que traía encendido un cigarrillo en su mano izquierda.

–¿Le pediste otro cigarrillo al hombre?– preguntó su hija, con el ceño fruncido.

–Sí, ¿qué tiene?

–Y ¿dónde está el tipo ahora?

–Lo vinieron a buscar en un auto– respondió titubeando por un instante– Pero antes de irse, me regaló el paquete de cigarrillos y el encendedor– agregó, esquivando la mirada de su hija– ¡Ah!, y ese ruido, era del motor del auto. Parecía un cascajo a punto de descomponerse.

Veinte minutos después, oyeron la llegada del tren, que lo hizo con bastante demora. Los tres salieron al andén. Primero subió la hija. Antes de subir, el anciano cruzó disimuladamente una mirada con Ana; ella alcanzó a balbucear un ‘gracias’. Inmediatamente, cada uno subió al vagón por puertas distintas. El viejo se sentó frente a su hija y retomaron el diálogo.

–Espero, papá, que todos estos años, te hayan servido de algo y no repitas viejos errores.

–Quedate tranquila, hija. Vengo soñando desde hace tiempo con mi vuelta a casa.

El tren comenzó a desplazarse lentamente. Tanto el anciano como su hija iban sentados enfrentados, contra las ventanillas, del lado del andén. Al pasar por delante de los baños, la mujer vislumbró la figura de una persona tirada sobre el piso y tapada con diarios.

–Mirá qué pena, papá, hay una persona durmiendo en la estación.

–Seguramente es uno de los tantos vagabundos que se refugian...

Cuando dejó atrás el andén, el tren comenzó a acelerar progresivamente; se perdió en la densa oscuridad de la noche.

“Vienen como esquilas los recuerdos...”

Fragmento de Mandarino Ezequiel Pérez

Susana Tanco

Elena no podía entender por qué su amiga Lisa se paralizaba cuando llegaba a esa estación. Prefería no viajar en tren, pero cuando por alguna razón debían hacerlo, tenían que bajar una antes o una después y caminar más de diez cuadras para llegar a su casa. Algo le pasaba con la estación Lisandro de la Torre, ya que era solo esa la problemática.

Ambas eran compañeras de facultad, hacía más de cuatro años que se conocían. Muchas veces Elena iba a la casa de Lisa a estudiar, vivía en el barrio de Palermo. Estaban cursando materias de cuarto año de Ciencias Políticas. La familia de Lisa era muy agradable y hospitalaria. Eran cuatro hermanos. Tenía una hermana melliza, Camila, y dos hermanos varones mayores.

Camila era hermosa, inteligente y muy alegre. Había sufrido un accidente a los 16 años y desde entonces usaba silla de ruedas. Nunca habló del accidente, jamás se quejaba. Estaba entusiasmada con su nueva silla eléctrica, la que usaba para salir y según sus palabras, ya la estaba ‘dominando’. Estudiaba psicología, le faltaban pocas materias para recibirse. Elena admiraba a Camila y cuando se daba la ocasión, tenían largas y entretenidas charlas, pero nunca hablaron del accidente. Nadie en la familia hablaba del tema.

Una tarde de noviembre muy calurosa, Elena y Lisa volvían de la facultad, iban a reunirse en casa de Lisa a estudiar. Tomaron el tren, Elena le pidió no caminar porque hacía mucho calor. Se bajaron en la estación

problema, Lisandro de la Torre. Tenían que cruzar las vías para seguir su camino. Lisa se detuvo, le costaba avanzar, empalideció...

Con preocupación Elena le preguntó qué le ocurría.

—No puedo olvidar... No puedo evitar que los recuerdos vuelvan y sean como esquilas que descubren e intensifican el dolor. Pasaron más de seis años y las imágenes se me presentan vívidas, como si fuera hoy... Íbamos con Camila al club en Olivos un 12 de febrero, alrededor de las dos de la tarde; hacía mucho calor. Vinimos a tomar el tren a esta estación, se lo veía llegando como a cien metros, ella se adelantó y cruzó corriendo las vías para comprar los boletos en la boletería, que se encontraba en el andén de enfrente. Me quedé esperándola. Nuestro tren llegó y partió. Pasó un carguero del otro lado en dirección a Retiro, no llevaba pasajeros, por eso no se detuvo en la estación, sino más adelante. Camila no llegaba. Se empezó a juntar gente en las vías, venían de ambos lados de las barreras, bajé del andén para ver qué pasaba. De repente la vi, tirada en el suelo, ensangrentada, no respondía. Nunca entendí bien cómo había ocurrido. Los minutos que pasaron hasta que llegó la ambulancia, me parecieron horas; desesperada, no paraba de llorar. Fui con ella en la ambulancia hasta el hospital. Llorando, le preguntaba insistentemente al médico si iba a vivir, si se iba a recuperar... Camila sobrevivió, pero nunca más volvió a caminar.

Tarde de invierno

Carlos Teselman

Hace un poco de frío. Esta sala es muy vieja y tiene poca luz.

Mi padre es médico y lo veo poco. Hoy me pidió si lo podía acompañar a la casa de mi tío, que es dentista, y que atiende en un lugar muy lejos. Le puso un cuarto para que papá atendiera. Íbamos juntos, solos, papá y yo.

Yo me senté en la sala de espera, ya que el paciente entró con mi papá al consultorio. Está oscuro y frío.

Me agarra un poquito de miedo. Las cortinas se mueven, ¿será por el viento, no? Me pongo a escribir para el cole. Deben de ser deberes, porque no puedo estar atento. Siento el silencio, la penumbra. Hago los deberes, pero con todos los sentidos puestos por si pasa algo ¡Y PASÓ!

Una silla que estaba en el rincón saltó. Sí, salta y vuelve a caer, sin ruido. Quedo paralizado. Luego me acerco lentamente a la silla, parece todo normal. Pero yo la vi saltar. No puedo avisarle a mi papá porque está atendiendo. No se lo puede molestar cuando atiende. Me paralizó durante unos minutos, me parecen horas.

Y salió del consultorio mi padre, y suspiré. A salvo. Un momento después, ya en el coche le cuento a mi papá lo que había pasado. Me dice que lo había imaginado, que era una fantasía, que las sillas no se mueven y menos, saltan solas.

Pero sí saltó. No le contesté ni se lo contaré nunca a nadie.

Desencuentros

Verónica Torres

—¿Te pido lo de siempre? - dijo el muchacho, haciéndole señas al mozo.

—Sabés que no puedo ahora.

—Cierto. Si tan solo hubieras sido más cuidadosa... Bueno, vamos al grano. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Vamos? - replicó ella nerviosa, mientras doblaba obsesivamente la servilleta con las manos torpes y sudorosas.

Unos instantes después, el mozo le trajo a él su gin tonic y a ella un jugo exprimido de naranja. Mientras terminaba de servir, pudo observar la transformación en el rostro de la joven, con sus mandíbulas tensas y la respiración que le inflaba ruidosamente el pecho.

—¿Qué “vamos” a hacer?, retomó ella.

—Sí, vamos. Este es un problema de los dos ahora.

—Siempre lo fue. Problema o no, esto es responsabilidad de ambos. Aunque el deseo parece sólo mío.

—No podemos dar más vueltas. Tenemos que resolverlo rápido.

—¿Resolverlo...? Veo que ya viniste con una solución en mente.

La mujer tragó el jugo, y apoyó lentamente su vaso en la mesa con los

ojos inyectados, desorbitados y vidriosos; se afirmó a la mesa y se acercó a él para hablarle bajo pero claro.

–Escuchame bien. Mi cuerpo no te pertenece. Yo no quiero matarlo. No lo haré.

–Se te ve decidida.

–No lo haría aunque me amenazaras de muerte.

–Eso jamás, pero es una locura. Vas a estar sola en esto, lo sabés.

–Locura sería matarlo. Sería matarme a mí también, porque es mi mayor deseo que viva. Y es mi deseo ser su madre.

–¿Soltera?

–Sí, es evidente que hubiese estado sola de todos modos.

De repente, una náusea la sorprendió, pero pudo contenerse. Desde la mesa de al lado, el mozo alcanzó a ver su transitoria palidez. Durante meses los había visto encontrarse todos los jueves a la tarde en la terraza del bar. Siempre en el mismo rincón, casi escondidos, solían disfrutar juntos la puesta de sol y degustar deliciosas meriendas o aperitivos, entre risas y besos. Estaba claro que hoy no era una tarde como cualquier otra.

En la planta baja del bar, en la esquina opuesta, una mujer de pelo rojo fumaba sin parar y tomaba café, mientras escribía algo en un cuaderno. El mozo la veía encontrarse con frecuencia con un profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, que quedaba a unas cuerdas de allí. Al pasar por su mesa, vio tres tazas de café vacías, el cenicero lleno, y supo que para esta

mujer tampoco era una tarde cualquiera. La vio irse para el baño haciéndole señas de que quería la cuenta.

–¿Estás dispuesta, entonces, a hacerte cargo de todo esto sola?

–Por supuesto. Me duele que no nos elijas, pero a mi edad el reloj no perdona, y esto es algo que deseo profundamente.

–Entiendo. Pero no vamos a volver a vernos... Yo te quiero. ¿No querías tomarte unos días para pensarlo mejor? Yo puedo ofrecerte otra solución. Podríamos seguir adelante con nuestras vidas como hasta ahora.

El joven sacó de su portafolios un sobre, lo deslizó sobre la mesa con el dedo, le mostró con disimulo los billetes y se detuvo mirándola como suplicando. Ella lo miró con el horror de un niño frente a un monstruo. Regresaron las náuseas y la soledad la fulminó como un rayo que recorrió todo su cuerpo.

–No tengo nada más que pensar. Tu egoísmo no te deja entender. Ahora sí: no quiero volver a verte.

–Tengo que irme. Perdón. En casa me esperan para cenar.

El joven huyó del bar dejando el dinero sobre la mesa. Ella no pudo contener las náuseas esta vez y tuvo que bajar corriendo al baño. Allí, la pelirroja la atajó, mientras vomitaba, apenas entró por la puerta. La ayudó a incorporarse y le alcanzó papel para limpiarse.

–¿Hombres? ¿Embarazo? ¿Qué te pasó, linda? – le dijo bromeando.

–Ambos.

La pelirroja suspiró y, en tono de confesión, le dijo:

—Mi marido inventa una excusa distinta todos los jueves. Se piensa que soy estúpida. Al principio sufrí mucho, luego empecé a escribir como escape, retomé la facultad, me enamoré de un profesor... Aprovecho algunos jueves para encontrarme con él aquí. Hoy vine sola y estoy casi como vos, vomitando mis futuras palabras en un cuaderno, planificando mi divorcio. A veces, por más que en un inicio no parezca, algunas personas te decepcionan, pero te hacen un favor. Espero que te recuperes y que salga todo muy bien con tu embarazo. —La abrazó y fue a ocuparse de las cuentas pendientes.

—¡Gracias!, le dijo todavía un poco nublada, antes de verla salir.— ¡Suerte con el profesor!

Con la mano en el vientre y una leve sonrisa, respiró hondo y supo que todo iba a estar bien. Volvió a la mesa, dejó suficiente para la cuenta y la propina, y se marchó del bar con el sobre debajo del brazo y una extraña, pero inmensa sensación de alivio.

El auto de mi tío

Blanca Vacas

Es el 13 de Diciembre, día de Santa Lucía. Festejamos el cumpleaños de mi prima Pochi (su sobrenombre... de nombre verdadero, Lucía). Casualmente, días antes, su papi (mi tío) había recibido un coche de Norteamérica, aquí no se fabrican y claro, es un gran acontecimiento: casi nadie tiene auto.

Como al coche hay que ‘ablandarlo’, mis tíos decidieron aprovechar eso para ir a Córdoba, a su casa de verano, en las sierras de Río Ceballos, cerro Ñu-porá. Invitadas a compartir el paseo, fuimos nuestra abuela Matea y yo, que tenía fama de ser una nena muy bien educada, muy buena compañera de juegos para la prima Pochi. Con ella aprendería a montar a caballo y a jugar a las bochas.

Salimos de Buenos Aires lentamente, hasta ponernos en la ruta. El Buick, con su enorme trompa, se movía orgulloso. Resplandecía, impecable. El viaje, muy aburrido. Paramos dos veces, en la segunda parada, insistieron para que comiera y aunque tenía el estómago cerrado, tuve que hacerlo.

Por fin nos acercábamos a Ñu-porá, adonde yo nunca había estado. Ahí, el camino de tierra empezaba a dar vueltas y más vueltas, empecé a sentir náuseas y mareos. Desesperada, para vomitar, saqué el seguro para no ensuciar el auto tan nuevito, pero al abrir la puerta, estando el auto en marcha, y por efecto del viento quizás, la puerta fue arrancada de cuajo y se desprendió por la parte de arriba. De paso, fuimos a parar a un gran charco de barro y agua. Allí, pasmados, salimos fuera del automóvil. Nadie se lastimó, pero, el elegante Buick, avergonzado, exhibía su horrible accidente. Ya no era el orgulloso Buick, ahora estaba sucio y maltrecho.

Blanca ya no era la nena bien educada que nunca traía problemas. No tuvo retos, al contrario, sólo comprensión.

La manguera

Eduardo Valenti

Se levantó temprano para regar las madresevas que había plantado el jardinero. El hombre le aconsejó darles agua, de ser posible, todos los días. Desenrolló la manguera que estaba junto a la bomba y se fue al otro extremo del jardín. Las plantas estaban a cuarenta metros de la canilla y la manguera llegaba justo. Menos mal que había comprado una de las largas.

Terminó de regar y la dejó extendida. De esa manera podría utilizarla al día siguiente; se ocupó de los rosales que estaban abriendo algunos pimpollos. No era época de rosas, pero el calor reinante había adelantado la floración.

A la mañana siguiente, se levantó con la intención de regar y encontró que la manguera estaba prolijamente enrollada al lado de la bomba de agua. Se extrañó, porque su intención fue dejarla extendida para evitar el acarreo: era una manguera de una pulgada, nada liviana. Pensó que su memoria le había jugado una mala pasada. Regó sus madresevas y luego trabajó sobre los gajos de jazmines que había plantado. Dejó la manguera extendida para evitar el esfuerzo del día siguiente.

Esa noche llovió en forma copiosa; eso era lo mejor para las plantas. El riego perfecto es el que brinda la naturaleza, por lo parejo. Después volvió el calor y se dispuso a regar. Para su sorpresa, la manguera estaba enrollada en su lugar habitual. Pensó que el jardinero se había adelantado unos días, pero rápidamente se dio cuenta de que no, porque el pasto estaba crecido. Se acordó de su médico, él le había hablado de los olvidos de la edad, tenía razón. Esta vez, dejó la manguera extendida y la aseguró con una estaca de las que utilizaba para los esquejes: la fijó fuerte.

Durante la noche se despertó para mirarla y la encontró extendida: la tranquilidad se apoderó de él. No obstante, puso la alarma a las cinco y comprobó que seguía igual; era todavía de noche, se volvió a dormir. A la mañana encontró la manguera enrollada y fue velozmente a ver qué había sucedido con la estaca; no la encontró. La inquietud lo invadió, pero el desasosiego lo destruyó. Regó las madreselvas e inmediatamente después pidió un turno con su médico; sintió un poco de miedo. Decidió dejar la manguera extendida y vigilarla cada dos horas. Para no confundirse, lo anotaba en un cuaderno. No quería ir al médico sin pruebas contundentes. Por la noche controlaba cada cuatro horas, para poder descansar. Llenó varias hojas con sus observaciones.

Con dicho material se presentó ante el médico y le describió el problema. Fue meticulado en la narración y cuidadoso en las observaciones, eso sorprendió al médico que lo conocía de toda la vida; le solicitó unos estudios y no quiso medicarlo. Le pidió que la próxima semana concurriera con su hijo, porque le iba a hacer una prueba neurológica y podía quedar algo mareado para regresar solo. El oculista le pedía lo mismo cuando le hacía el fondo de ojo, no le extrañó.

Esa semana regó una sola vez y dejó la manguera enrollada para no tener problemas. Pero siguió controlándola y anotando en el cuaderno. Le comentó a su hijo lo que había ocurrido, porque quería su opinión al respecto. Le contestó que, a veces, sucedían cosas inexplicables; que no se preocupara.

La internación era supuestamente transitoria y el lugar parecía contenedor. Cuando el hijo lo visitaba le preguntaba por el jardín, especialmente por las rosas. Le rogó que, cuando él no estuviera más, cambiara esa manguera porque era larga y pesada. El hijo le preguntó si no quería que la cambiara ahora, que había buenas ofertas. Respondió que no, que todavía servía.

El jardín siguió floreciendo con el riego que se prendía y apagaba en forma automática, el que habían puesto cuando construyeron la casa. Eran catorce aspersores y cinco toberas que nunca dejaron de funcionar, estaban distribuidas planificadamente para abarcar todos los rincones. Los comandos estaban colocados al lado de la bomba de agua y el objetivo era evitar el riego manual, dada la extensión del parque. Por eso, en esa casa, nunca hubo necesidad de mangueras.

Señorita Dent

Cecilia Vanzetti

Luego de esa tarde en que él se fue y la dejó sollozando, desinteresado, había vuelto a oír las voces. Le decían que era una cualquiera. Que se había comportado vulgarmente. Que era su culpa que nadie la quisiera. Que debía haberse arreglado mejor, haberse acomodado el pelo con un hermoso moño, o usado más perfume en el cuello. Debía haberse esmerado más en la cama aquella velada, o haber sacado temas más interesantes de conversación, para que el Sr. Blake no se fuera.

Si tan solo hubieras sido más inteligente, se habría quedado contigo, no te habría echado. Eres ligera. Se miraba en el espejo del cuarto de baño, húmedo y sombrío, y veía un reflejo que no reconocía. Ojerosa, su tez morena lucía ahora insalubre, el pelo, desarreglado. Las voces no callaban de noche ni de día, la mantenían despierta por varias jornadas, mientras ella recorría los veinte pasos que admitía el ancho de su cuarto de ida y vuelta en duermevela.

Entonces la casera le golpeaba el piso con el cabo de la escoba desde la planta baja para hacerle saber que debía bajar el volumen, dejar de taconear, que el piso era de tablones y se la oía en toda la pensión. Hacía ruido y no dejaba dormir a los otros inquilinos. Pero la señorita Dent no se daba cuenta de que era a ella a quien se dirigían los golpeteos. El ruido formaba parte de su vida. Voces que gritaban, murmuraban, cuchicheaban, daban alaridos, en todos los tonos y frecuencias, a lo lejos, de un lado, del otro, en estéreo, como una interferencia en sus pensamientos.

Cuando por fin lograba dormir, agotada, se dejaba caer sobre una silla mientras la radio sonaba, o quedaba atravesada en la cama, y al reabrir

los ojos, hinchados de llorar día y noche, la luz del ambiente le traía a los oídos nuevamente las mismas palabras que escuchaba desde niña. Nadie te quiere. Ramera. Eres una cualquiera. No te quiere porque eres vulgar. Por eso se ha ido. Como tu padre. Porque no te esforzabas por hacerlo feliz. Por eso él también te ha sacado de su vida como un perro callejero de un escobazo, de vuelta a la perrera.

Cada día hacía fuerza por acicalarse aun sabiendo que las voces nunca estarían conformes. Se vestía con uno de los dos vestidos de calle que mantenía en una percha colgada de la ventana, uno marrón a lunares que había estado a la moda unas temporadas atrás, y otro, más modesto pero con unos hermosos volados azules, que había conseguido de segunda mano para empezar a trabajar. Mirándose en el espejo, con su bolso bajo el brazo, descontenta, salía de todos modos a la calle rumbo a la oficina, un día tras otro.

Le gustaba la ciudad porque allí el ruido calmaba un poco el caos de su mente. En la acera los sonidos de cláxones, camiones, obras en construcción y barreras se mezclaban en una sinfonía que acallaba su mente y sentía que podía pensar de modo más claro. Se dirigía rutinariamente a la oficina. La misma donde el empleado de recursos humanos un mediodía le había dicho que ya no volviera, mientras le entregaba impávido, un cheque por su trabajo de tres semanas. No le había permitido pasar y se había tomado la molestia de juntarle sus cosas en una caja de cartón. Había sido toda una sorpresa para ella; estaba tan emocionada de volver a encontrarse con su jefe luego de la noche anterior; esperaba ver en su expresión los indicios del amor incipiente; imaginaba que volverían a quedarse solos en su despacho y besarse y amarse... Pero no había sido ese el desenlace. Se había marchado, llorando con su caja y su vestidito y sus ilusiones pisoteadas. Él no se había dignado a aparecer, no había vuelto del almuerzo; lo sabía porque lo había esperado en la esquina varias horas.

Desde ese día, había vuelto casi todos los días, a diferentes horas, según su insomnio le permitiera, con intención de hablar con su jefe. De preguntarle cuál era la causa de su crueldad. ¿Por qué la había dejado sola y sin trabajo? Ella le había contado de su internación y de lo importante que era este empleo. Quería decirle que lo amaba. Que sería capaz de cualquier cosa que le pidiera para hacerlo feliz. Pero él nunca la recibía. Día tras día, era rechazada en la antesala sin tener derecho a réplica. Y aunque él no estuviera para contestar sus preguntas, ella sabía la razón de su abandono. Era una vulgar, una cualquiera, y no se merecía su amor. No se había esforzado lo suficiente, el sexo seguramente no había sido de su agrado, debía haberse esmerado más. Para peor, aquella tarde íntima se había largado a llorar, conmovida por lo profundo de sus sentimientos. Él había estado lejano y callado y se había ido rápidamente. Era una cualquiera y ni siquiera había hecho bien eso; esperaba que entregándose a él, caería rendido a sus pies. Sin embargo, sólo había conseguido quedar desocupada y más pobre que antes.

Sin ser atendida ni una vez, volvía a su frío cuarto y se pasaba el resto de la tarde leyendo la Biblia, orando, tratando de silenciar los susurros que lo invadían todo. Trataba de obtener paz y olvido, pero nunca llegaban.

Ya había pasado un mes y medio de aquel anochecer fatídico, y la falta de trabajo se hacía notar en su economía. Su casera le reclamaba el pago del alquiler cada vez que la veía entrar, y la alacena se había reducido a unas modestas latas de picadillo, galletas marineras y seis huevos. Solo eso comía estos días. Era lo que quedaba de las compras hechas con la liquidación de su primer y único sueldo. ¡Qué feliz había sido durante esas cortas semanas como empleada! Se había sentido útil, autosuficiente, tenía un propósito y servía a un señor ¡tan distinguido! Era guapo, además. Se había sentido bendecida y sabía que esa oportunidad era una señal divina. Ya podía imaginarse de su brazo de paseo por la ciudad... Afortunada, después

de tanto desamparo. Le había sido muy difícil reinsertarse luego de su larga internación. Nunca recordaba por qué la habían llevado. Su madre decía que eso era negación, que ella sabía perfectamente lo que había ocurrido, pero no era así. Sin embargo, sí recordaba que en su tiempo allí, todo había sido muy doloroso. Que estaba muy enferma, le decían. Que su madre no iba de visita. Que debían medicarla para poner sus ideas en orden. Que las voces no eran reales. Que la terapia de choque eléctrico era una técnica probada para su tipo de trastorno. Recordaba el dolor del cuerpo después de esas terapias, de la cabeza, de las sienes entumecidas. El sabor amargo de las pastillas que le forzaban a tragar. El rostro del psiquiatra que anotaba lo que ella decía en una libreta de papel amarillento sin mirarla nunca a la cara, ni llamarla por su nombre. La bata blanca que no le permitía sentirse a gusto. Recordaba la comida insulsa y las manos de quien se la traía; el cuarto cerrado con traba por fuera, sin muebles más que la cama, sin pertenencias que le dieran a ella entidad alguna. Era solitario y frío allí. Odiaba ese hospital en el que había pasado ocho largos meses para que ‘callaran las voces’. No quería volver a ese sitio. Ahora se preocupaba porque pronto se acabaría la pequeña reserva de dinero en su monedero. Aún no le pagaban el seguro de desempleo, y no quería tener que pedir auxilio a su madre... Si alguien descubriera que las voces habían vuelto, estaría perdida. La desesperación la carcomía y se le cerraba el estómago. Los últimos días, era tanta la angustia que las náuseas y la cerrazón del pecho terminaban haciéndola vomitar por la mañana. Malditos, huevos, seguro estaban malos. ¡Ni para cocer un huevo, sirves!, le gritaban. Los murmullos en su mente eran pertinaces, inquietantes, violentos. Y nunca descansaban.

Según su ánimo, dejaba pasar algunas jornadas y volvía a hacer un intento en las oficinas del centro. Cambiaba el arreglo de su cabello rizado, los pendientes o el vestido... Un día colocaba una flor en el ojal; otros, se delineaba los labios. No importaba quién pretendiera ser ella cada día, nunca era recibida. No pasaba más allá del lobby del amplio edificio. Y las

voces, agitadas, furiosas, le gritaban por dentro: debes esforzarte más; eres una inútil. Le hacían doler la cabeza y sobresaltarse por todo.

De noche lloraba, se golpeaba la cara para tratar de calmarse. O leía los evangelios en voz alta. En ocasiones, simplemente se quedaba mirando el techo con la radio a todo volumen, para amenguar la ferocidad contenida que le hacía tanto daño. Las voces la despreciaban tanto como el señor Blake.

Habían pasado varios meses de aquella tortura. Cierta mañana nublada, notó que su vestido de lunares le apretaba en la cintura, y se probó el azul. –Lo mismo, ¡maldición!–. En el mismo momento se le revolvió el estómago y vomitó violentamente el té que había desayunado. Lloró toda la mañana y parte de la tarde, acurrucada en la cama sin tender. Se sentía desesperada y exhausta. Cuando por fin se levantó del lecho, estaba decidida. Escribió una carta, las palabras brotaban descontroladas, mientras, agitada, terminaba de diseñar su estrategia.

Recordó que su vecina, la señorita Leigh, le había dejado la llave de su departamento por precaución. Era una chica de mal vivir que de vez en cuando le prestaba ropa o accesorios a cambio de su discreción. Ella no estaba en casa: no dudó en buscar la llave que guardaba para ir a hurgar entre sus cosas. Se tomó tiempo de revolver todos los cajones de la enorme cómoda. Tomó prestado un sombrero, un vestido un poco más provocador y moderno, se roció perfume francés por todo el cuerpo, y sacó del cajón de la ropa interior el arma que su amiga guardaba por seguridad. La utilizaba como disuasoria, cuando algunos hombres se ponían revoltosos a la hora de pagar, o violentos por el precio o la calidad de sus servicios. Le pareció rudo no avisarle a su amiga, así que garabateó una nota que dejó sobre su tocador, diciendo que había tomado prestadas algunas cosas, que le contaría los detalles a su regreso.

De vuelta en su departamento, se higienizó y cambió de atuendo, se maquilló llamativamente los ojos y la boca, eligió un alfiler de fantasía pequeño para sostener el sombrero negro, se colocó un prendedor en el busto. Llovía torrencialmente, por lo que tomó el tapado del perchero del rincón, que era la prenda más elegante que tenía, recuerdo de tiempos de bonanza. Cargó en su bolso el perfumero de cartera, la carta, unos cospeles, su monedero, un pañuelo y el arma. Era viernes. Si tenía suerte, llegaría a interceptarlo cuando saliera para tomar el expreso de las 5:30. Y podría de una vez por todas, decirle lo que no le habían permitido en estos meses. Al cerrar la puerta de su aposento y dirigirse a la calle, notó una extraña y desconocida tranquilidad. Silencio.

El tren

Luisa Zapivilevich

El tren va a llegar a tiempo. Aquí estoy de pie en el andén, sola. Enfrente, un pájaro se posa sobre un banco y picotea. Seguramente, alguien dejó caer allí algunas migajas de pan. Hay muchos pasajeros esperando en el andén. Es el del tren que va hacia Tigre, allí, donde no volveré jamás, se lo juré al padre de Martincito.

Sólo esto me faltaba ahora. Lluvia, y yo sin paraguas ni campera que me proteja. Obviamente, hoy no es mi día. Ni mi semana. Ni siquiera mi mes. El tren de enfrente ya llegó y partió dejando el andén vacío. De este lado somos pocos. Están arreglando la sala de espera y agregaron más ventanillas. Estaba casi destruida. Al fin el Municipio se ocupa de algo que se votó.

Espero que Martincito me esté esperando en la puerta del colegio, que a esta hora, seguramente, ya estará cerrado. Probablemente esté pensando: “Mamá siempre está atrasada”.

Los pájaros siguen picoteando en el banco de la estación de enfrente. Hasta un búho se sumó. A lo lejos, veo venir mi tren y el gentío me rodea. El tren se detiene y la gente sube apurada y empujando. Yo también empujo, quiero llegar junto a Martín, pues nadie debe estar en la calle en estos tiempos de violencia.

Camino rápido y subo al cerro desde donde veo al colegio. Pero no veo a mi niño, solo veo policías. También ambulancias. Ya no hay más silencio. Veo caer cohetes, bombas. Por encima, en el cielo, reconozco drones que son los responsables de tanto destrozo.

El mundo se ha desquiciado y yo sigo aquí, viendo que la puerta del colegio está cerrada y Martincito no está allí.

Mientras haya ese lápiz que desea y puede dar cuenta de una frase, de muchas palabras, y roba de los bolsillos del lenguaje y hace algo diferente, hay esperanza. Y si esa resonancia es compartida por almas que tienen las mismas inquietudes, en el paréntesis de un grupo que escribe, el mundo hostil se desdibuja.



Asociación de Médicos Municipales de la Ciudad de Buenos Aires

📍 Junín 1440, CABA. CP: 1113. Tel. 011 4806-1011

✉️ comunicacion@medicos-municipales.org.ar

🌐 www.medmun.org.ar | 📺 @amm_caba | 📘 @AMMCBA